

TENEMOS LAS FOTOS PERO NO LAS PUBLICAMOS

LA REALIDAD HA MUERTO, ELIJA SU PROPIA REALIDAD

Es oficial: nuestro planeta se ha vuelto más y más idiota en los últimos 10 años.

La polarización alimentada por las redes provoca que ya no hablemos el mismo idioma ni compartamos la misma realidad, mientras las teorías más descabelladas se difunden sin control.

Bienvenidos a la nueva Torre de Babel que denuncia el ensayista Jonathan Haidt

ESTE REPORTAJE PUEDE CONTENER TRAZAS DE IRREALIDAD. SÓLO ATRIBUIBLES A RODRIGO TERRASA

«La historia de Babel es la mejor metáfora que he encontrado de lo que ha sucedido en Estados Unidos en la última década y del país fracturado que ahora habitamos. Algo salió terriblemente mal de repente. Estamos desorientados, incapaces de hablar el mismo idioma e incapaces de reconocer la misma verdad», ha escrito el prestigioso psicólogo social estadounidense y profesor de la Stern School of Business de Nueva York en un largo ensayo publicado este mes por la revista *The Atlantic*.

El texto se titula *Por qué los últimos 10 años de la vida estadounidense han sido excepcionalmente estúpidos*. Y lamentamos comunicarle que la teoría de Haidt es perfectamente aplicable en nuestro país y en casi cualquier rincón del planeta.

«La verdad no es algo que un individuo pueda encontrar enterrada bajo unas rocas», nos explica Jonathan Haidt a través de un correo electrónico. «La verdad se encuentra cuando los humanos crean instituciones epistémicas, que unan a los individuos imperfectos para cancelar los sesgos de confirmación de los demás. En los últimos cien años, las sociedades occidentales han creado instituciones muy sólidas: universidades, medios de comunicación profesionales y sistemas legales. Pero mi argumento es que las redes sociales han vuelto estas instituciones 'estructuralmente estúpidas'. Las redes no han servido para conectarnos y comunicarnos, sino para actuar unos contra otros y ahora la gente tiene miedo de desafiar opiniones que quizás sólo defienda una minoría de personas, pero que se acaban imponiendo sólo por el daño social o de reputación que trae a los disidentes».

El nuevo Babel del que habla Haidt es el retrato de una fragmentación global, la ruptura de todo lo que parecía sólido y la dispersión de lo que un día fue una enorme comunidad de vecinos. Hoy ni la clase política, ni el sistema judicial ni los medios de comunicación gozan del más mínimo prestigio. «Es una metáfora de lo que sucede no sólo entre rojos y azules, sino dentro de la izquierda y dentro de la derecha, así como dentro de las universidades, las empresas, los colegios profesionales, los museos e incluso las familias».

Se acuerdan del guantazo de Will Smith al presentador de los Oscar, ¿verdad? Supongo que a estas alturas todos estaremos de acuerdo en que aquello no fue más que un montaje orquestado por la Academia de Hollywood para subir la audiencia de sus soporíferas galas. Sólo hay que ver las imágenes... El ángulo que traza el brazo de Will, el sonido del supuesto bofetón, cómo gira la cara Chris Rock antes del sopapo, las sonrisitas de los dos... Ya saben...

No es la primera vez que la televisión nos engaña usando a actores. Miren si no la «guerra» en Ucrania. Sí, la guerra entre comillas, porque aquello no es más que otra gran farsa. Hasta han puesto a un cómico de presidente. ¿Alguien se puede creer esas imágenes de supuestos cadáveres perfectamente distribuidos en las aceras de Bucha? ¡Pero si hay uno que se mueve, que lo he visto yo en Twitter!

Se deben creer que somos idiotas, como con la *plandemia*

del coronavirus, las vacunas o el tocomochó este del cambio climático. Pues no cogí yo una bola de nieve en mi terraza cuando lo de *Filomena*, le acerqué un mechero y la presunta nieve, lejos de derretirse, se ponía negra como el tizón. Ya me explicarán. Y luego dirán que somos negacionistas...

Pues mira, no, me niego. (...)

Todo lo que acaban de leer está basado en hechos reales. No en la realidad, que conste,

porque todo es mentira. Lo que quiero decir es que hay gente que realmente cree esta otra realidad. Ya me entienden... Al fin y al cabo, hoy cada uno de nosotros tiene su propia verdad, fabricada a medida, como si fuera nuestro avatar en las redes sociales, con su megáfono incorporado. Hoy todo es mentira y a la vez cualquier cosa, por inverosímil que nos resulte, puede ser real.

Bienvenidos a la nueva Torre de Babel, en palabras de Jonathan Haidt.



“LAS REDES HAN VUELTO ESTRUCTURALMENTE ESTUPIDAS A INSTITUCIONES COMO LOS MEDIOS O LAS UNIVERSIDADES”, DICE HAIDT

Cada uno vive en su particular burbuja y el espejo que hace no tanto nos devolvía una realidad común hoy está hecho añicos. «Ya no creo que podamos reconstruir ese gran espejo de la era de los medios de comunicación de masas, pero sí deberíamos pensar en cómo debería ser la democracia en la era digital», responde Haidt. «El gran desafío para las naciones occidentales es encontrar la manera de llevar prosperidad, libertad y bienestar a sus ciudadanos en esta nueva era. Ahora estamos descentralizados y atrapados en medio del caos. Si nos lo proponemos y tratamos esto como la lucha existencial de las próximas tres décadas, apostaría que lo conseguiremos».

El novicio mercado de la atención en el salvaje Oeste de internet, la progresiva radicalización de los discursos en línea y su rentable viralidad, los megusta y los retuits, la búsqueda desesperada de followers, la impunidad de los discursos de odio, la cultura del *ofenditido*, la *emocracia* (con *emo* de emociones), la creciente polarización, la política del zasca y la profundidad intelectual que otorgan apenas 280 caracteres han ido socavando las democracias, engordando las autocracias y alimentando las burbujas de una gigantesca pócima mortal que ha convertido cualquier debate, por importante que sea, en la resaca de un Madrid-Barça. Unos dirán que fue penalti, otros que ni de broma. Y a nadie le importará qué pasó realmente en el área.

«Si todo es igualmente increíble, todo es entonces igualmente creíble. Cada uno elige su propia versión increíble de la realidad y la reivindica en grupúsculos y nichos en la red. Se ha producido algo así como una destitución tecnológica de la realidad común», diagnostica el filósofo Santiago Alba Rico, que traza dos caminos paralelos rumbo a este nuevo escenario.

Por un lado, la vieja vía política y su «destrucción

premeditada de los marcos comunes de credibilidad» que nos ha abocado a la fulgurante aparición de proyectos de orden totalitario en todo el mundo, «interesados en explotar la desconfianza de la gente común en las instituciones».

Por otro, la nueva vía tecnológica y la configuración acelerada de un mundo en el que «las imágenes han sustituido por completo a las fuentes verbales del consenso público» y en el que –insiste Alba Rico– «la esfera pública desaparece disuelta en una rapsodia de hechos alternativos igualmente increíbles».

Estamos, dice el filósofo, ante el fin del mundo común. Una desconfianza global que se expresa con luces de neón en todo tipo de disparatados movimientos negacionistas.

Apuntes este. En el año 2017, cuando Donald Trump acababa de aterrizar en la Casa Blanca a lomos de la gran paranoia, un estudiante americano llamado Peter McIndoe se cruzó en Memphis con una manifestación de fieles del nuevo presidente y para mofarse de sus teorías conspiranoicas se inventó una pancarta que sólo decía: «Los pájaros no son reales». Su imagen fue grabada sin que él se diera cuenta y su mensaje se acabó viralizando, así que el no sólo no desmontó la chulla, sino que estiró el chiste. Hoy el movimiento *Birds Aren't Real*, que sostiene que las aves se han extinguido fruto del cambio climático y han sido reemplazadas por drones de vigilancia controlado por el Gobierno, acumula millones de seguidores en las redes sociales y ha llegado a congregarse una manifestación de *pajaronegacionistas* ante la sede de Twitter en San Francisco para que la empresa cambiara su logo.

«Queríamos poner a Estados Unidos frente al espejo en la era de internet», contó McIndoe en *The New York Times* cuando se destacó una chifladura que aún creen cientos de miles de personas.

«La gente siempre ha buscado teorías de la conspiración cuando quiere explicaciones alternativas a la realidad e internet hace que sea más fácil que nunca promover falsedades y que las personas las busquen. Tenemos acceso a más información que nunca, pero no toda esa información es veraz», advierte la periodista Kelly Weill, reportera de *The Daily Beast* y autora de

Off the edge (Se podría traducir como *Más allá del límite*), un ensayo sobre la cultura de la conspiración y los motivos por los que la gente se puede creer ya cualquier cosa que parte del renacido terraplanismo, un movimiento con casi dos siglos de historia que se ha reactivado en los últimos años gracias, una vez más, a las redes sociales.

«En el pasado, los creyentes en una teoría oscura como el terraplanismo habrían tenido problemas para encontrar otros fieles, pero hoy en día, los grupos terraplanistas son fáciles de encontrar en comunidades de Facebook, que retroalimentan y fortalecen esas creencias», explica Weill.

El algoritmo además conecta rápidamente unas paranoias con otras, como una especie de Tinder de la demencia, así que uno empieza creyendo que la Tierra es plana y los pájaros son robots y acaba asaltando el Capitolio una mañana de enero convencido de que las fuerzas oscuras le han birlado las elecciones. «Estos movimientos se construyen unos sobre otros», insiste la autora de *Off the edge*.

«Aunque pueda parecer que la teoría de que la Tierra es plana no tiene mucho en común con teorías como las de QAnon, lo cierto es que ambas alientan a las personas a desconfiar de las instituciones y a creer en tramas vastas y malvadas. Las redes sociales permiten que estas comunidades de conspiraciones se comuniquen entre sí y recluten nuevos miembros».

Justo antes de la llegada de Trump a la Casa Blanca, el profesor de Psicología David J. LaPorte, de la Universidad de Pensilvania, publicó un artículo en el que ya advertía sobre el aumento de la sensación de paranoia en Estados Unidos. El caso *Snowden*, las revelaciones de Wikileaks, el desafío terrorista y la sensación de vulnerabilidad en todo el mundo ayudaron a disparar la percepción de vivir bajo una amenaza constante. Cuatro

“SI TODO ES INCREÍBLE, TODO ES CREÍBLE. SE HA PRODUCIDO UNA DESTITUCIÓN TECNOLÓGICA DE LA REALIDAD COMÚN”, ASEGURA ALBA RICO

años después, las injerencias electorales, la sobrevigilancia, el tráfico con nuestra privacidad en la red y, por si fuera poco, una pandemia global habían propagado las conspiraciones como si fueran esporas. Sólo nos faltaba una guerra...

«Vivimos en una era en la que el mundo se empeña en repetirnos que no estamos seguros. Las malas noticias se transmiten inmediatamente por todo el planeta y aprendemos que no podemos confiar en nadie», diagnostica el doctor LaPorte. «Y además tenemos a unos líderes mundiales que se dedican a hacer falsas denuncias sobre conspiraciones. El resultado de ese clima es que todos sospechamos y todos nos volvemos sospechosos».

Uno de cada 10 votantes de Florida cree que Ted Cruz, principal rival de Trump en las primarias republicanas de 2016, es realmente *Zodiac*, un célebre asesino en serie que mató a cinco personas en EEUU a finales de los años 60 y principios de los 70, antes incluso de que naciera el propio Cruz. Un 28% de los votantes no lo descartaba cuando Trump ganó las elecciones.

«La polarización en los medios y en la política han ayudado a contribuir a un ecosistema informativo en el que ha dejado de existir una realidad común», apunta Kelly Weill. «Las personas pueden elegir sus propias realidades en función de los mensajes de sus candidatos o de sus medios de comunicación preferidos. Esto es particularmente evidente en eventos altamente polarizados, como la guerra en Ucrania o las elecciones en EEUU. Una facción política promueve una mentira descarada, pero sus partidarios la aceptan porque es más reconfortante que la realidad».

Y el nivel de paranoia es tal que incluso somete a la clase política. El escritor Jonathan Chait lo ha bautizado como «la paradoja de la propaganda». La magnitud de la farsa acaba atrapando a los líderes que la promovieron y explotaron electoralmente. El político inventa las mentiras, sus medios afines repiten esas mentiras y el político se las acaba creyendo hasta operar sólo en función de ellas. La ecuación valía para Trump, sin más discurso hoy que el fraude electoral que imaginó. Y vale ahora para toda la estrategia bélica de

Putin. «Vladimir Putin trató de convencer a su pueblo de que Ucrania era débil, corrupta y carecía de legitimidad popular. Terminó creyéndose sus propias mentiras, lanzó una guerra ruinosa basada en su expectativa de que el gobierno de Zelenski colapsaría de inmediato y que los ucranianos recibirían a los rusos como libertadores. E incluso cuando la campaña militar ha sido un fiasco, la campaña de propaganda ha seguido funcionando. El público ruso todavía apoya la guerra», escribe Chait en la revista *New York*. «El problema es que se han convencido tanto de las mentiras de Putin que no están preparados para manejar la derrota».

Disculpen la ridícula comparación, pero es como cuando el Barça de Xavi se creyó rumbo a la gloria hasta que la famosa *xavineta* se estrelló sin remedio. Y es que, a menor escala, la paradoja de la propaganda se ha instalado en cualquier esfera. Pablo Casado cayó en el PP mareado en sus propias fantasías y Pedro Sánchez ha hecho girar todo su discurso sobre una presunta recuperación económica del país que desmienten todos los indicadores. ¿Qué más da?

«Todos podemos detectar las mentiras y las teorías conspirativas, pero eso no significa que seamos capaces por ello de resistirlas o no alimentarlas», sostiene Santiago Alba Rico. «En el marco de la *desdemocratización* mundial que comienza a principios de la pasada década, los negacionismos de nicho y las conspiranoias identitarias han dejado fuera la posibilidad de construir un contrato social compartido y democrático. No se puede despreciar el impulso de ese negacionismo, resultado de la disolución de los vínculos colectivos e indicativo de la erosión de nuestras instituciones públicas, pero por eso mismo su eficacia constituye una amenaza para las frágiles democracias que aún sobreviven. Marcan el paso de la erosión al derrumbe».

Lo bueno es que si todo esto le asusta, le preocupa o sencillamente no le convence, no tiene por qué creerlos. La realidad ha muerto, así que puede fabricarse una nueva. Al final y al cabo, esto es sólo otro reportaje financiado por George Soros para manipular su mente. (O no).